

VII

Donde se verá el origen de la frase: no pierdas el billete.

He aquí lo que había pasado sobre el ataúd en que estaba encerrado Juan Valjean.

Cuando el carro se hubo alejado, y el capellán y el monaguillo subieron en el coche y partieron también, Fauchelvent, que no apartaba los ojos del enterrador, le vió inclinarse y coger la pala, que estaba clavada en el montón de tierra.

Entonces Fauchelvent tomó una resolución suprema.

Colocóse entre la fosa y el enterrador, cruzó los brazos, y exclamó:

—¡Yo soy quien paga!

Y el enterrador le miró asombrado, y respondió:

—¿El qué?

Fauchelvent repitió:

—¡Yo pago!

—¿El qué?

—El vino.

—¿Qué vino?

—El de Argenteuil.

—¿Dónde está ese Argenteuil?

—En el "Buen Membrillo".

—¡Vete al diablo!—dijo el sepulturero.

Y arrojó una paletada de tierra sobre el ataúd: la caja despidió un sonido ronco.

Fauchelvent se sintió vacilar á punto de caer á la fosa, y gritó con una voz en que tenía algo de la opresión de la agonía:

—¡Camarada, antes de que cierren el "Buen Membrillo!"

El enterrador llenó nuevamente su pala.

Fauchelvent continuó:

—¡Yo pago!

Y asió del brazo al sepulturero.

—Oídme, camarada,—le dijo;—soy el sepulturero del convento, y vengo para ayudaros. Esta faena podemos hacerla de noche. Empecemos por beber un trago.

Y así diciendo y aferrándose á su desesperada insistencia, hacíase esta reflexión lúgubre:

—¡Y aun cuando beba! ¿Se emborrachará?

—Provinciano,—dijo el enterrador,—ya que absolutamente lo queréis, consiento. Beberemos, pero después del trabajo; antes, de ningún modo.

Y empujó su pala. Fauchelvent le detuvo.

—¡Argenteuil de á seis!

—¡Ah! ¡ya!—dijo el enterrador.—Sois campanero. Din, don, din, don; no sabéis decir otra cosa. Id pues á repicar.

Y arrojó á la fosa la segunda paletada.

Fauchelvent llegó al extremo en que ya no sabe el hombre lo que se dice:

—¿Venís ó no venís á beber?—gritó;—pues que soy yo quien paga.

—En cuanto hayamos enterrado á la chica,—dijo el sepulturero.

Y echó la tercera paletada.

Después, clavando la pala en tierra, añadió:

—Advertid que va á hacer frío esta noche, y la muerta se vendría gritando tras nosotros que la dejamos sin ropa.

En este momento, mientras llenaba la pala, se encorbaba, apareciendo entreabierto el bolsillo de la blusa.

La mirada vaga de Fauchelvent cayó maquinalmente sobre este bolsillo, y se detuvo.

El sol no se había ocultado todavía en el horizonte; había luz bastante para que pudiese distinguirse una cosa blanca en el fondo de aquel bolsillo abierto.

La pupila de Fauchelvent despidió todo el fuego que pueden despedir los ojos de un aldeano picardo. Acababa de ocurrirle una idea.

Sin que el sepulturero, ocupado solamente en llenar la pala, lo advirtiera, Fauchelvent le metió por detrás la mano en el bolsillo, sacando la cosa blanca que estaba en el fondo.

El enterrador arrojó en la fosa la cuarta paletada.

En el instante en que se volvía para cojer la quinta, Fauchelvent le miró con cierta profunda calma diciéndole:

—A propósito, novel sepulturero, ¿teneis vuestra credencial?

El enterrador se detuvo.

—¿Qué?

—Que va á ponerse el sol.

—¿Y qué? Se pondrá su gorro de dormir.

—Que se va á cerrar la verja del cementerio.

—¿Y qué?

—¿Teneis la tarjeta?

—¡Ah! ¡Mi tarjeta!—dijo el enterrador.

Y buscó en sus bolsillos.

Después de registrar el primero registró el segundo; luego pasó á los dos del chaleco, uno después de otro.

—No,—dijo;—no tengo la tarjeta. La habré olvidado.

—Tres duros de multa,—dijo Fauchelvent.

El sepulturero se puso verde. El verde es la palidez de los rostros lívidos.

—Ay, Jesús Dios mío la-pata coja hasta-la-luna!—exclamó.—¡Quience francos de multa!

—Tres piezas de cien sueldos,—dijo Fauchelvent.

El enterrador dejó caer la pala.

Había llegado su turno á Fauchelvent.

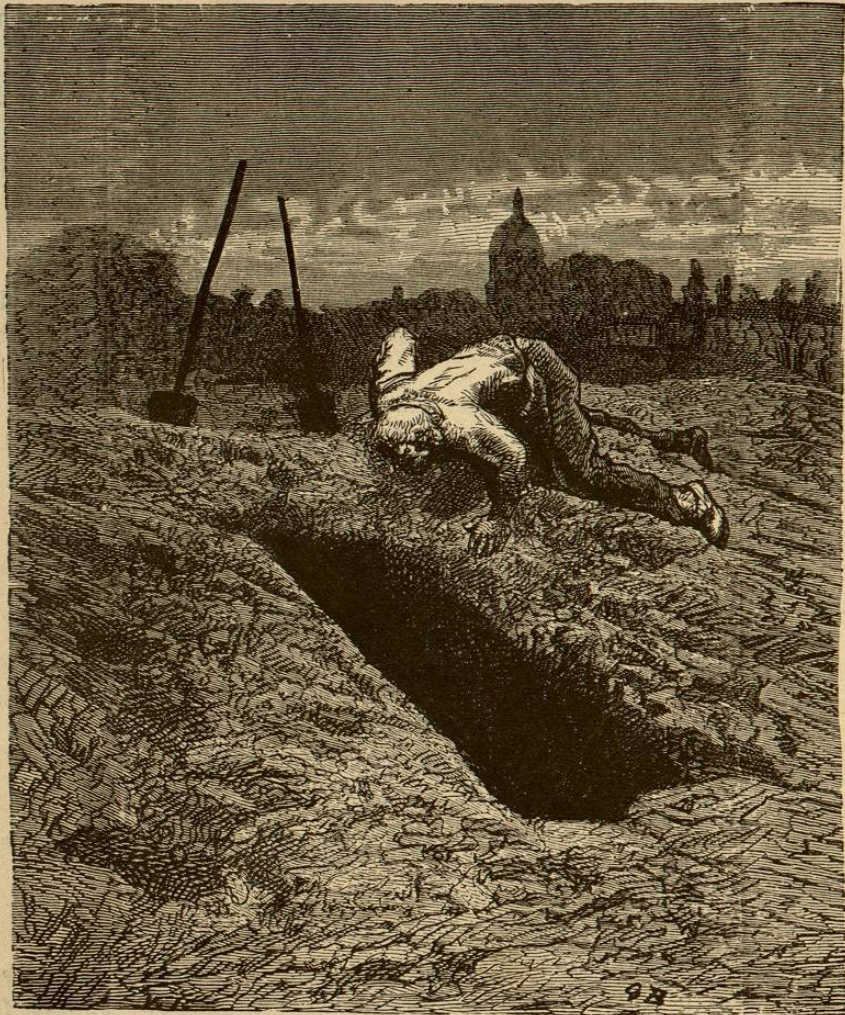
—¡Ah novato!—dijo Fauchelvent.—No hay que desesperarse; no es cosa de suicidarse, ni de aprovechar este hoyo. Quince francos son quince francos, y todavía podéis no pagarlos. Vos sois nuevo en esto; yo soy viejo y conozco todos los

transtrueques. Voy á daros un consejo de amigo. Sobre todo hay una cosa cierta, y es que el sol se pone, que toca ya en la cúpula de los Inválidos, y que el cementerio va á cerrarse dentro de cinco minutos.

—Es verdad,—dijo el enterrador.

—En cinco minutos no teneis tiempo para llenar la fosa, que es profunda como un diablo, y llegar á tiempo antes de que cierren la verja.

—Es verdad.



—En ese caso, pagareis quince francos de multa.

—¡Quince francos!

—Pero os queda tiempo para... ¿Dónde vivís?

—A dos pasos del portillo, á un cuarto de hora de aquí; en la calle de Vaugirard, número 87.

—Pero no os faltará tiempo, echándoos las zancas á cuestras, para salir inmediatamente.

—Es verdad.

—Una vez fuera de la verja, galopais hasta vuestra casa, cogéis la tarjeta, volveis y el guarda os abre; llevando tarjeta no se paga multa. Así enterrareis vuestro muerto. En el entretanto yo me quedo guardándole para que no se escape.

—Os debo la vida, provinciano.

—Largaos presto,—dijo Fauchelvent.

El sepulturero, conmovido por el agradecimiento, le apretó la mano y partió corriendo.

En cuanto hubo desaparecido en la maleza, Fauchelvent escuchó sus pasos hasta que se perdió el ruido; después se inclinó sobre la fosa, y dijo en voz baja:

—¡Señor Magdalena!

Nadie respondió.

Fauchelvent sintió un temblor. Se dejó caer en la fosa más bien que bajó, echándose sobre el ataúd, y gritó:

—¿Estáis ahí?

Continuó el silencio en el ataúd.

Fauchelvent, sin respirar apenas á fuerzas de temblar, sacó el escoplo y el martillo, é hizo saltar la tapa de la caja. El rostro de Juan Valjean apareció á la luz del crepúsculo pálido y cerrados los ojos.

Los cabellos de Fauchelvent se erizaron; levantóse de súbito, y apoyándose de espaldas en la pared de la fosa, para no caer sobre el ataúd. Miraba á Juan Valjean.

Juan Valjean yacía descolorido é inmóvil.

Fauchelvent murmuró en voz baja como suspirando:

—¡Está muerto!

E irguiéndose cuanto pudo, cruzó los brazos tan violentamente, que se golpeó la espalda con ambos puños, y exclamó:

—¡Este ha sido mi modo de salvarle!

Entonces el buen hombre empezó á sollozar y á hablar consigo mismo. Es un error creer que el monólogo no existe en la naturaleza. Las grandes emociones hablan en voz alta frecuentemente.

—La culpa es del tío Mestienne. ¿Porqué se había de morir ese imbécil? ¿Qué necesidad tenía de morirse haciendo falta? El es quien ha muerto al señor Magdalena. ¡Señor Magdalena! Está en el ataúd, y en el cementerio. Todo ha terminado. ¡Ah! ¿Es esto tener sentido común? ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Está muerto! ¿Y qué voy á hacer yo ahora de la niña? ¿Qué va á decir la frutera?

¿Pero es posible, Dios mío, que un hombre como este muera así? ¡Cuando recuerdo como se metió debajo de mi carreta! ¡Señor Magdalena! ¡Señor Magdalena! ¡Pardiez! Se ha asfixiado; ya se lo dije yo, pero no quiso creerme. ¡Vaya una linda picardía! ¡Ha muerto este buen hombre, el mejor hombre que había entre los buenos de Dios! ¡Y su niña! ¡Ay! ¡No vuelvo yo ahora allá abajo! Me quedo aquí. ¡Haber hecho una cosa como la que hemos hecho! ¡Valía la pena de llegar á viejos para ser locos! Pero ¿cómo se las arregló para entrar en el convento? Por aquí empezó. Hay cosas que no deben hacerse. ¡Señor Magdalena! ¡Señor Magdalena! ¡Tío Magdalena! ¡Magdalena! ¡Señor Alcalde! No me oye. ¡Qué voy á hacer ahora!

Y se arrancaba los cabellos.

Oyóse entonces á lo lejos por entre los árboles, un agudo chirrido. Era la verja del cementerio que se cerraba.

Fauchelvent se inclinó sobre Juan Valjean, retrocediendo bruscamente todo lo que se puede retroceder en una sepultura. Juan Valjean, con los ojos abiertos le estaba mirando.

Fauchelvent se quedó petrificado, pálido, confuso, trastornado por el exceso de emociones, é ignorando si tenía que habérselas con un muerto ó con un vivo, mirando como le miraba Juan Valjean.

—Ya me dormía,—dijo Juan Valjean.

Y se incorporó quedándose sentado.

Fauchelvent cayó de rodillas.

—¡Virgen Santa!—exclamó.—¡Me habeis dado un susto!

Después se levantó diciendo:

—¡Gracias, señor Magdalena!

Juan Valjean no estaba más que desvanecido. El aire libre le había vuelto en sí.

La alegría es el reflejo del terror. Fauchelvent tuvo que hacer casi tanto como Juan Valjean para reponerse.

—¡Entonces no habeis muerto! ¡Oh, cuanto ánimo teneis! Tanto os he llamado, que habeis despertado. Cuando os ví con los ojos cerrados dije: Bien, se ha asfixiado. ¡Oh! Me hubiera vuelto loco, pero loco furioso, loco de atar; me hubiera llevado á Bicetre. ¿Qué había yo de hacer si hubierais muerto? ¡Y vuestra niña! ¡La frutera no habría comprendido nada! ¡Se deja la niña diciendo, el abuelo ha muerto! ¡Qué historia, santos cielos! ¡Ah! Pero vos vivís. Este el verdadero fin de fiesta,

—Siento frío,—dijo Juan Valjean.

Estas palabras recordaron á Fauchelvent la urgencia de la realidad. Aquellos dos hombres, aunque vueltos en sí, tenían, sin saber por qué, turbado el espíritu; sentían algo extraño, que era la impresión natural y siniestra del lugar.

—Salgamos pronto de aquí,—dijo Fauchelvent.

Buscó en su faltriquera y sacó una calabacita de que venía provisto.

—Antes de todo un trago,—dijo.

La calabaza terminó lo que el aire había comenzado. Juan Valjean bebió un sorbo de aguardiente, recobrando la plena posesión de sí mismo.

Salió del ataúd, y ayudó al jardinero á clavar la tapa.

Tres minutos después había salido de la fosa.

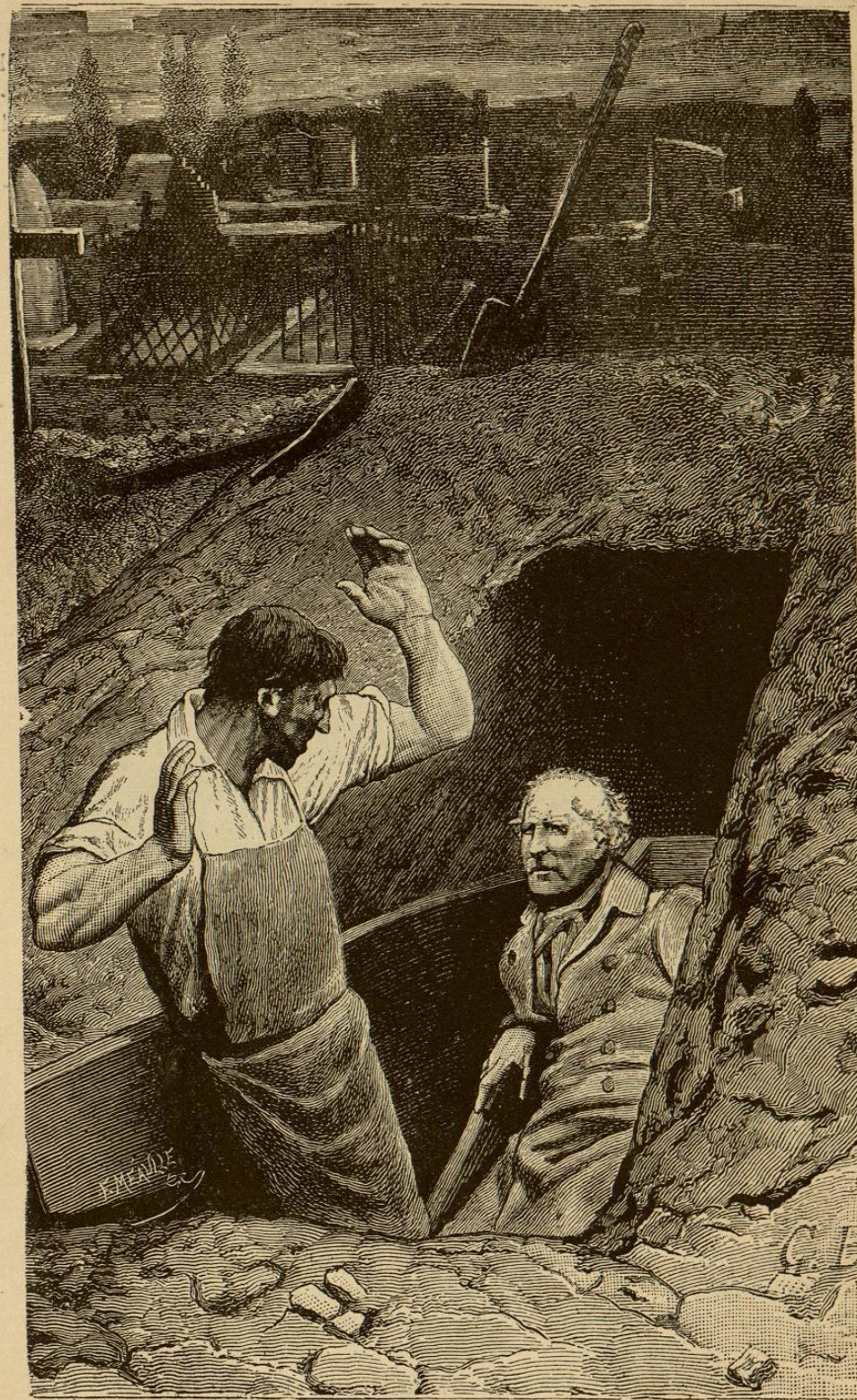
Por lo demás, Fauchelvent estaba ya tranquilo. Tomóse pues el tiempo necesario. El cementerio estaba cerrado, y no era de temer la llegada del sepulturero Gribier. El "bisoño" estaría en su casa buscando la tarjeta, sin encontrarla, puesto que la tenía Fauchelvent en el bolsillo. Y sin la tarjeta no podía entrar en el cementerio.

Fauchelvent tomó la pala y Juan Valjean el azadón, y ambos enterraron el ataúd vacío.

Cuando la fosa estuvo llena, dijo Fauchelvent á Juan Valjean:

—Vámonos. Yo llevo la pala, llevad el azadón.

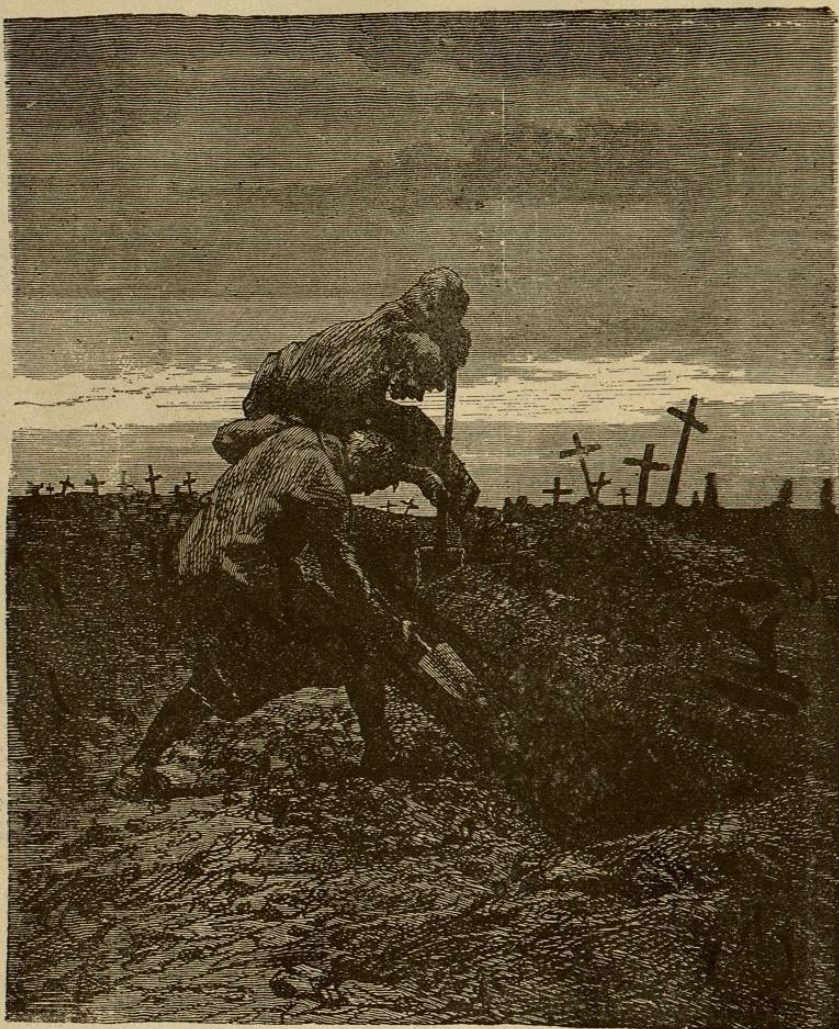
Cerraba ya la noche.



Una resurrección es casi tan horrorosa como la muerte.

Juan Valjean encontró alguna dificultad para moverse y para andar; en el ataúd había tomado algo de la rigidez de los cadáveres. La anquilosis de la muerte le había cogido entre cuatro tablas; y le fué necesario, por así decirlo, sacudir el hielo del sepulcro.

—Estais yerto,—dijo Fauchelvent;—lástima que sea yo patizambo; moveríamos un poco los talones.



—¡Bah!—dijo Juan Valjean.—Cuatro pasos me bastan para dar fuerza á las piernas.

Fuéronse por el camino que había seguido el carro fúnebre. Cuando llegaron á la verja, cerrada ya, y al pabellón del portero, Fauchelvent, que llevaba en la mano la tarjeta del enterrador, la hechó en la cara, el guarda tiró de la cuerda, se abrió la puerta y salieron los dos.

—¡Qué bien sale todo!—dijo.—¡Habeis tenido una idea magnífica, señor Magdalena!

Atravesaron la barrera Vaugirad con la mayor facilidad del Mundo. En las cercanías de un cementerio una pala y un azadón son dos pasaportes. La calle de Vaugirad estaba desierta.

—Señor Magdalena,—dijo Fauchelvent, sin dejar de andar y alzando la vista hacia las casas,—vos que tenéis mejor vista que yo, indicadme el número 87.

—Aquí está precisamente,—dijo Valjean.

—No hay nadie en la calle,—repuso Fauchelvent.—Dadme el azadón, y cerradme dos minutos.



Fauchelvent entró en el número 87. Subió al último piso, guiado por el instinto que lleva siempre el pobre hacia el tejado, y llamó en la oscuridad á la puerta de una buhardilla.

Respondió una voz.

—Entrad.

Era la voz de Gribier.

Fauchelvent empujó la puerta. El cuarto del sepulturero era, como todas esas infelices viviendas, un desván desamueblado y lleno de trastos. Un cajón—un ataúd quizá—servía de cómoda; una orza de manteca hacía las veces de tinaja; un jergón de paja era la única cama; el suelo servía de silla y de mesa. En un rincón, sobre un harapo, que era un viejo pedazo de alfombra, estaba sentada una mujer flaca, formando un triste grupo con muchas criaturas. Toda aquella pobre vivienda daba indicios de un gran trastorno. Parecía que se había efectuado un temblor de tierra "para uno solo." Las tapas estaban levantadas, los harapos esparcidos, el cántaro roto, la madre había llorado, los hijos habían sido zurrados probablemente;

huellas todas de un registro riguroso y obstinado. Conociase que el sepulturero había buscado inútilmente su credencial, y hecho responsable de la pérdida á todo lo existente en la casa, desde el cántaro hasta su mujer. Gribier parecía desesperado.

Pero Fauchelvent tenía harta prisa de dar fin á la aventura para fijarse en este lado triste de su triunfo.

Entró, pues, y dijo:

—Os traigo vuestra pala y vuestro azadón.

Gribier le miró estupefacto.

—¿Sois vos, provinciano?

—Y mañana encontrareis vuestra tarjeta en la casilla del guarda del cementerio.

Y dejó en el suelo la pala y el azadón.

—¿Qué quiere decir esto?—preguntó Gribier.

—Quiere decir que habeis dejado caer la tarjeta del bolsillo; que la encontré en el suelo después que os marchasteis; que he enterrado al muerto y rellenado la fosa; que he hecho yo vuestra tarea; que el portero os dará vuestra credencial, y que no pagaréis los quince francos.

Esto es lo que hay, recluta.

—¡Gracias, provinciano!—exclamó admirado Gribier.—Al primer enterramiento seré yo quien pague de beber.

VIII.

Interrogatorio feliz.

Una hora después, ya cerrada la noche, dos hombres y una niña se presentaron en el número 62 de la calle Picpus. El más viejo de aquellos hombres levantó el picaporte y llamó.

Eran Fauchelvent, Juan Valjean y Cosette.

Los dos hombres habían ido á buscar á Cosette, en casa de la frutera de la calle del Chemin Vert, donde á la víspera la había dejado Fauchelvent. Cosette había pasado aquellas veinticuatro horas sin comprender nada, y temblando silenciosamente. Temblaba tanto, que no había llorado. No había comido ni dormido tampoco. La buena frutera le había hecho mil preguntas, sin conseguir otra respuesta que una mirada triste, siempre igual. Cosette no había dejado traslucir nada de lo que había oído y visto en los dos días últimos. Adivinaba que estaba atravesando una crisis, y conocía que era necesario ser "prudente." ¡Quién no ha experimentado el soberano poder de estas tres palabras pronunciadas con cierto tono al oído de una criatura aterrada: "No digas nada!" El miedo es mudo. Además, ¿qué persona guarda los secretos como un niño?

Solo después de aquelals veinticuatro horas había vuelto á ver á Juan Valjean y lanzado un grito de alegría; fué tal este grito, que el hombre menos suspicaz hubiera adivinado en aquel grito la salida de un abismo.

Fauchelvent era de la casa, y sabía las palabras de pase. Todas las puertas se abrieron.

Así se había resuelto el doble y difícil problema: de salir y entrar.

El portero, que tenía ya sus instrucciones, abrió la puertecita que ponía en comunicación el patio y el jardín, y que hace veinte años se veía aún desde la calle, en la pared del fondo del patio, enfrente de la puerta cochera.

El portero introdujo á los tres por aquella puerta, y desde allí pasaron al locutorio reservado donde el día anterior había recibido Fauchelvent las órdenes de la priora.

La priora, con su rosario en la mano, los estaba esperando. A su lado, cubierta con el velo, estaba de pie una madre vocal.

Una discreta vela alumbraba, ó mejor, hacía que alumbraba el locutorio.

La priora pasó revista á Juan Valjean. Nada escudriña tanto como unos ojos bajos.

Después le interrogó:

—¿Sois el hermano?

—Sí, reverenda madre,—respondió Fauchelvent.

—¿Como os llamais?

Fauchelvent respondió:

—Ultimo Fauchelvent.

Este había tenido, en efecto, un hermano, llamado Ultimo, que había muerto.

—¿De dónde sois?

Fauchelvent respondió:

—De Picquigny, cerca de Amiens.

—¿Qué edad teneis?

—Cincuenta años.

—¿Qué oficio es el vuestro?

Fauchelvent respondió:

—Jardinero.

—¿Sois buen cristiano?

Fauchelvent respondió:

—Todos los somos en nuestra familia.

—¿Es vuestra esa niña?

Fauchelvent respondió:

—Sí, reverenda madre.

—¿Sois su padre?

Fauchelvent respondió:

—Su abuelo.

La madre vocal dijo á la priora á media voz:

—Responde bien.

Juan Valjean no había pronunciado una palabra.

La priora fijóse en Cosette atentamente y dijo á media voz á la madre vocal:

—Será fea.

Las dos madres hablaron algunos minutos en voz baja en el rincón del locutorio, y después volviése la priora y dijo:

—Tío Fauvent, procuraos otra rodillera con cascabel. Ahora se necesitan dos.